

**C**aminos que se encuentran. El Pastor verdadero es fácilmente identificable. Es único e irremplazable; quien pretenda suplantarle se constituye en un mentiroso y un ladrón. Está dispuesto a dar su vida por sus ovejas y se empeña en conducir las hacia el verdadero rebaño. No es este un simple simbolismo para agrandar la imaginación y la sensibilidad de la gente bien intencionada. Es toda la verdad y, por ello, imprescindible en la construcción de una sociedad espiritualmente fuerte. Es triste que Dios pase a ser un nombre mitológico en el elenco indiscriminado que componen los escépticos del momento. Dios es Dios. Se encontrarán los caminos del hombre que lo busca y de Dios que se hace contradictorio con el hombre; éstos son: la búsqueda filosófica, aún la sistemática negación del Dios personal, y la divina Revelación. El ser libre que interroga, hasta angustiosamente - "¿Dónde estás?" - y el Dios libre que se manifiesta en signos escogidos por Él, para responder - "Aquí estoy" -. Esa es la historia que se resuelve, como la verdad misma, desde un gesto profundo de humildad por parte de quien la reclama para sí. La profesión de una fe religiosa, particularmente la monoteísta, supone la convicción de que se produce el encuentro con el Dios que busca al hombre que lo busca.

2.- *Dentro de la ley y el orden.* La fatiga causada por el combate ideológico, filosófico o

político, es un estado de ánimo que caracteriza a nuestra maltrecha sociedad. Es fácil comprobar, si fijamos una mirada objetiva sobre la realidad, que dicho combate no es un diálogo de pensamientos respetables sino un tironeo de intereses que intentan el poder y la prevalencia política. De allí al atropello de la justicia y de las instituciones republicanas existe un delgadísimo y frágil margen. Fuimos espectadores atónitos de luchas callejeras que dejaron un tendal de muertos y heridos. Para evitar definitivamente esos brotes de la violencia fratricida es preciso dejarse alcanzar por Dios y restablecer, bajo su cuidado, los vínculos de una auténtica amistad cívica. Duelen las guerras reeditadas del Medio Oriente, las guerrillas colombianas, la revuelta sangrienta de Venezuela y el juego irresponsable, que pretende salirse de la ley, en nuestro lastimado país. Una sana democracia excluye las interrupciones del orden constitucional y ofrece el paciente ritmo de comicios sucesivos para cambios y rectificaciones oportunas, dentro de la ley y el orden. La prédica evangélica, exponente de la auto manifestación de Dios en el Misterio de Cristo, no admite incoherencias o acomodos, violatorios de la verdad, para favorecer el interés mezquino de nadie.

3.- *Intercambio y convivencia.* Cuesta mucho ser honestos en los términos de nuestra fe cristiana. Cuando no lo somos, cualquiera sea el espacio que en la Iglesia y en el mundo ocupemos, acabamos permitiendo que el error se presente como verdad y la delincuencia como virtud. Así se produce la más abominable de las traiciones. Nos corresponde presentar al Buen Pastor, para

acudir a su insistente llamado, y constituirlo en modelo de servicio al pueblo; vale principalmente para aquellos que aspiran a acceder a la función pública. La fe hace que el encuentro con el Dios encarnado inaugure un nuevo estilo de relaciones entre las personas. La diversidad contribuye al enriquecimiento de la convivencia social. Las personas: cultural, económica, social y religiosamente diversas, necesitan acercarse para compartir, en cordial actitud, los dones que poseen. Es insensato, y prueba de su inexistencia, aducir principios aparentemente contrapuestos, para desatar una guerra sin cuartel que perjudica a la convivencia actual y al futuro de la comunidad. La gracia de Cristo, el verdadero Buen Pastor, hace posible lo que, con el correr del tiempo, parece muy alejado de su concreción.

4.- *El esfuerzo común.* La paz social constituye el clima necesario para orientarnos hacia la superación de la grave crisis que nos angustia. ¡Qué lejos estamos de intentar! Los *dimes y diretes*, que meten preocupación y miedo en la población, son parte de una táctica desestabilizadora. Cada ciudadano debe ser promotor de la paz. Mientras persista la secreta intención de hacer imposible cualquier gestión, de una u otra orientación política, toda la población corre peligro de disolución. La Iglesia ofrece ámbitos espirituales, pero, no puede desactivar, por si sola, la agitación interna que otros han activado irresponsablemente. El esfuerzo debe ser común. El diálogo tiene intencionales protagonistas que no pueden ser suplantados por descendientes de otras galaxias. Cada cual decidirá qué hacer en el momento oportuno. No debe esperar decisiones externas, por más

poderosos que sean quienes las adopten. Mientras no se produzca la verdadera independencia, nuestros pueblos conservarán un sometimiento que atentará contra su legítimo y posible desarrollo. Se ha creado una mentalidad, de lejana superación, que mantendrá las mejores dotes en un subdesarrollo empobrecedor. Es preciso desarticularla con paciencia.

5.- *Derribar el muro de la división.* La paciencia es la expresión inmediata del amor verdadero. Cuando priman los intereses mezquinos, de personas o de grupos, fácilmente se produce un estado de impaciencia en el que ninguna realización es posible. No es fácil revertir ese estado; previamente se requiere un reencuentro entre las partes en litigio llamado "*reconciliación*". No veo el menor indicio, en Corrientes y en el país, que aliente la esperanza de su logro. Hay tanta agresividad, tanto ánimo destructivo, tanta impaciencia violenta que, el reencuentro anhelado, aparece como una imposibilidad. Jesucristo, el Buen Pastor, encarna la posibilidad. Su muerte en Cruz abre la perspectiva de la unidad. San Pablo afirma que "*derriba el muro de la división*". Los muros que dividen actualmente a la sociedad, en múltiples e irreconciliables segmentos, sólo pueden ser demolidos por la presencia y actividad del Pastor Bueno. Confiamos en la gracia inefable de su Pascua.